

Y la muerte lo seguía

Ángel Gómez Rivero

Al oeste de Arkham, allá donde los hombres blancos temen la llegada de la noche de la misma manera que temen al propio diablo, las colinas se muestran selváticas, densas hasta saturar la vista y anular la línea del horizonte; tanto, que llenan de sombras los terrenos pisados por las bestias cuando la noche se apodera del entorno y el viento sopla sin misericordia.

El joven Johnny llevaba más de cinco horas perdido en su ruta, con el caballo agotado por el trote y la larga jornada desde el último abrevadero. La noche caía y sentía que se había extraviado entre tantas millas de salvaje vegetación, entre tanto terreno recóndito y deshabitado; tal vez ignorado por la mirada de Dios. A sus veinte años se sentía valeroso y decidido. Por medio de un buen contacto, había conseguido un interesante puesto de trabajo en un periódico de gran tirada en Boston, ciudad en la que a toda costa deseaba vivir. Él cubriría una página fija destinada a las grandes leyendas del oeste americano. El siglo veinte acababa de nacer y muchos lectores estaban ávidos de leer relatos que descubrieran las mil y una odiseas acontecidas en el siglo anterior, de pistoleros, justicieros y duelos espectaculares que reflejaban la virulencia de un pueblo adaptado a un medio salvaje, con el sueño de alcanzar una idiosincrasia

propia. Y él estaba dispuesto a satisfacer a todos. Se sabía aventurero, investigador obstinado, y algunos editores decían, además, que era un periodista notable a pesar de su juventud.

Pero Johnny no contaba con perderse y venir a parar hasta Arkham. Había oído hablar en ocasiones de lo peculiar de esa geografía apartada y misteriosa como pocas. Tenía por cierto y necesario que debía detenerse cerca de algún riachuelo para dar de beber al caballo, a esas alturas más sediento que él. Fue al caer las primeras sombras de la tarde, justo antes de que el sol declinara en el horizonte, cuando vio una columna de humo asomar tras una pequeña ladera, en un claro en mitad de tanta espesura; el acompañamiento del peculiar olor de carne de bisonte asada hizo que una sonrisa se pintara en su rostro sudoroso y parcheado por la polvareda de su prolongado cabalgar. Así que se dejó atraer de la misma manera que las polillas a la luz, se aproximó hacia el humo y el aroma, y se vio, casi de golpe, frente a un viejo indio sentado junto a una fogata. Se trataba, a primera vista, de un hombre anciano, muy anciano a juzgar por las incontables arrugas que surcaban su rostro. No obstante, el indio lo enfocó con una mirada de fuego, tal que sus pupilas fueran dos carbones encendidos en mitad de una noche oscura. La



diestra no dejaba de dar vueltas a la rama que oficiaba de eje de un improvisado asador y que sostenía un considerable trozo de la pata de un bisonte, que se doraba ante las mordeduras de las llamas.

Johnny se acercó y, con prudencia, saludó al anciano alzando el brazo diestro en clara señal de amistad. El indio, sin dejar de mirarlo ni de mover el asado, continuó sentado en lo que ahora comprobó Johnny se trataba de una roca plana enterrada en el suelo.

—¿Tiene hambre el hombre blanco y joven? —preguntó con el amago de una sonrisa en los labios y con un inglés tan perfecto que revelaba que se trataba de un indio que, tal vez, había vivido con los blancos durante muchos años.

—Demasiada —respondió Johnny, mientras desmontaba del caballo—. Pero me temo que este animal está más necesitado que yo.

—Allí a la derecha tiene un arroyo. —Señaló hacia un lugar concreto, tras varias rocas erosionadas por el viento de forma caprichosa, como si fueran trozos de queso gruyer—. Dé de beber a su caballo y siéntese junto a este viejo. Es hombre bien recibido. Estas colinas son esquivas y traicioneras, y un forastero puede conocer un destino horrible si no sabe transitar por ellas.

Johnny condujo el caballo hasta el arroyo y dejó que bebiera. Llenó la cantimplora y tragó de ella con prudencia, a pesar de su sed incontenible. Después retornó junto al anciano y ató el caballo en un cercano tronco seco, pero lo suficientemente recio. Acto seguido se sentó frente al indio, justo en el lado opuesto de la fogata. A través del flamear de las llamas parecía un perfecto diablo salido del Averno, a pesar de que su boca sonreía de manera permanente.

—¿Se ha perdido? Hace mucho tiempo que no veo a ningún blanco por aquí.

—Me distraje y creo que desvíe la ruta —respondió ahora desde su relativa comodidad frente al fuego—. Voy hacia Boston.

—Pues aún le quedan unas cuantas millas, joven.

El aroma del asado parecía indicar que estaba casi a punto y Johnny se alegró. Su estómago también se daba cuenta y emitió un ronroneo sordo de aceptación.

—Vengo desde Maine y me planteé llevar a

cabo mi viaje sin prisas, a caballo y con tiempo suficiente. Me espera un trabajo como periodista en un diario importante. Me interesan las leyendas y los sucesos extraordinarios de nuestra tierra.

—Leyendas... —susurró el viejo con el ojo diestro ahora entornado—. Este país está lleno de fábulas. Mi pueblo es un pueblo creyente y podría contarle cosas que jamás aceptaría como reales. Sin embargo, he oído y leído mucho sobre héroes y pistoleros. La mayoría de los relatos son falsos... Se relata lo que los lectores quieren leer.

—¿A qué se refiere? —cuestionó a la defensiva Johnny, quizá algo molesto por la actitud del indio.

—¿Quién no ha oído hablar de Billy el Niño, Jesse James, Doc Holliday y tantos otros? Se han comentado tantas cosas, que son nombres legendarios a unos veinte años de haber abandonado esta vida. —Se detuvo un instante para intentar escudriñar en la mirada atenta de Johnny—. Soy lo suficientemente viejo, y algunos aseguran que lo suficientemente sabio, como para saber que la mayoría de todos ellos no eran más que bandidos con suerte y tahúres de mala monta, que sobrevivieron a la muerte en más de una ocasión por cuestiones del destino, por no decir del diablo.

—Fueron diestros pistoleros todos ellos... —intentó atajar Johnny.

—Puede ser, amigo, pero si desea narrar hechos reales sin falsear, más vale que informe a sus futuros lectores que, más que malabaristas del revólver, fueron delincuentes y borrachos que salieron ilesos de muchos tiroteos desordenados. Mire el *sheriff* ese que quedó vivo, más por el azar que por habilidad, en numerosos enfrentamientos.

—¿Earp? —contestó, acordándose de uno de sus héroes favoritos.

—Wyatt Earp, cierto. Me dicen que todavía anda vivo. Nadie olvida el famoso tiroteo de O.K. Corral.

—Ahí necesitó de mucha pericia para poder sobrevivir, reconózcalo.

—Ahí necesitó de mucha suerte. Ese enfrentamiento duró menos de un minuto y se oyeron treinta disparos a mansalva. Earp no murió porque el destino no quiso. No lo dude.

Johnny, a esas alturas de la conversación, se sintió en verdad bastante incómodo y molesto.



Parecía que ese viejo indio intentaba ponerlo a prueba. ¿Quería tal vez dejarle bien claro que todo lo que el hombre blanco escribía estaba filtrado por la pátina de la heroica y la lírica? ¿Que no había pistoleros asombrosos capaces de hacer maravillas con el revólver? ¿Que todo se trataba del azar? ¿No había héroes con total seguridad?

—Este asado ya está en su punto... —continuó el indio con una expresión amable en el rostro—. ¿Sabe una cosa, amigo? Usted se ha creído todas esas historias sin haberlas vivido directamente. Sin embargo, yo tengo una historia *au-tén-ti-ca* que ningún hombre blanco creería, incluido usted.

En ese instante, en el que Johnny se preguntaba el porqué de remarcar su contertulio la palabra *auténtica* de manera tan dramática, se oyó un terrible alarido a lo lejos que parecía provenir de las arboledas más cercanas, batidas por el viento. Johnny se puso en pie en actitud defensiva, con algo de temor reflejado en la faz. El indio lo miró serio.

—No se preocupe, mi joven amigo. Es el viento. En Arkham, el viento sopla a veces de tal forma que se filtra por los bosques de manera caprichosa, por entre esas rocas agujereadas que abundan en la zona, y emite sonidos que parecen provenir del propio Infierno. Es el lugar más imprevisible y salvaje de todo Massachusetts. Siéntese y relájese, que le espera un buen bocado.

Johnny volvió a acomodarse, pero recelando de ese anciano que parecía querer dominar la situación, a pesar de mostrarse generoso con él.

Le costaba encontrar un atisbo de relajación, pero se esforzó por intentar conseguirlo. Durante casi una hora estuvieron ambos comiendo de aquel bisonte asado; durante ese tiempo anduvo el joven oyendo a su anfitrión relatarle anécdotas del pasado. Al término, tras unos minutos de silencio, Johnny necesitó apostillar algo.

—Lleva toda la cena intentando convencerme de que los relatos que siempre oí son falsos o están falseados. Le doy las gracias por la cena, pero creo que usted solo aporta su opinión, no la verdad. ¿Qué afán lo mueve?

—¿Sufre usted pesadillas constantes?

—Todos padecemos pesadillas a menudo —intervino sin saber qué pretendía en realidad su anfitrión.

—Bien sabe usted a qué me refiero.

—Todos tenemos alguna pesadilla que perdura. Ya que usted pregunta, le diré que no conocí a mi madre y que, sin embargo, acude a mí en sueños. Intenta comunicarme algo que jamás descubro.

—Se detuvo un instante con la sensación de que revelaba cosas íntimas que a ese indio no debiera interesarle—. Solo es una maldita pesadilla. Nada más.

—Si lo desea, puedo contarle esa historia que tengo para usted, la que ya le referí.

—Cuenta —contestó a la manera de reto más que de deseo—. Soy el mejor oyente que haya tenido jamás. Y espero que el relato sea lo suficientemente bueno como usted propone.

La noche había caído ya. El indio entendió la postura incómoda de su invitado y, tras frotarse

la faz con las arrugadas manos y mirar la espesa nebrura del firmamento, con la luna ausente por demás, carraspeó un par de veces. Johnny sufrió entonces una extraña alucinación, si es que se trataba de una alucinación. Notó cómo las muchas arrugas del rostro de su anfitrión cobraban movimiento, como si fueran las olas de un mar embravecido. Fue un efecto que duró unos pocos segundos, y puede que se debiera, según meditó en un amago de fría lógica, al efecto del fuego reflejado sobre su rostro, ya que las llamas, aunque habían menguado, todavía eran suficientes. Fue cuando se percató de una cicatriz con forma de Z que lucía en la frente.

—Pues preste atención y oiga una historia extraña, muy extraña —masculló con mirada escudriñadora, en tanto echaba un grueso leño al fuego, próximo a él—. Un relato de amor, de odio, de venganzas y de puro horror que puede que cambie el sentido de su vida.

Y comenzó su narración.

* * *

Lo llamaban el Holandés, porque nadie jamás pronunció su verdadero nombre. Aunque había quienes decían que no tenía nombre porque lo parió un coyote hembra en una noche de plenilunio. Sea como fuere, por allá donde pasaba él aumentaban las viudas. Tanto en tiroteos como en duelos individuales, el Holandés siempre se cobraba su presa. Era rápido, muy rápido al disparar, y más rápido aún en desaparecer después de acabar con el enemigo de turno. Incluso había quienes juraban ante la Biblia que era un fantasma, o un engendro del Infierno puesto en libertad para escarnio del ser humano por sus muchos pecados.

Se decía que además de asesinar, robó y violó a docenas de desgraciados y desgraciadas, y nunca cayó en manos de la justicia. Es más, su aureola casi sobrenatural se incrementó cuando hubo dos personas que dijeron haberlo visto el mismo día delinquiendo en dos ciudades muy distantes. Puede que fueran supercherías, pero comentarios como estos consiguieron que todos tuvieran un miedo espantoso a su persona. Así, ese tipo se convertía en todo un mito allá por donde su caballo, blanco y moteado de negro en el lomo y el cuello, hollaba la tierra al pasar.

Nuestra historia comienza en un infausto día de

septiembre de 1881, concretamente en Dodge City, ciudad que en tiempos pasados había conocido un desorden considerable. El *sheriff* Wyatt Earp había abandonado la ciudad dos años antes para marchar a Tombstone. Se rumoreó que el Holandés y él estuvieron a punto de enfrentarse por un problema de tenencia de armas, aunque no es muy seguro que fuera así. La cuestión es que el Holandés, una vez marchó Earp, consiguió llevar a cabo una serie de tropelías de consideración. La última de ellas, razón por la que marchó de la ciudad, terminó con un tiroteo en plena calle. Es posible que él no quisiera matar a aquella dama, pero la cuestión es que uno de sus disparos hizo que la bala penetrara en uno de sus pulmones, cayendo abatida al polvoriento suelo.

Fue atendida con urgencia por el médico de mayor renombre de la ciudad, mas no hubo fortuna. Por desgracia, ella estaba embarazada y también perdió al hijo que llevaba en el vientre. Fred Carlson era el nombre de su marido. Muchos decían que se trataba de un pistolero que había cambiado de vida para formar una familia en Dodge City. Trabajaba como capataz de la ganadería de un magnate de la ciudad, y era un hombre afanoso como pocos a sus treinta años de edad. Pero cuando le dieron la noticia y llegó raudo con el caballo al lugar de los hechos, solo se encontró un cadáver rodeado por la muchedumbre y atendido por un viejo médico. Al leer en el rostro de este una negativa que le cerraba cualquier puerta a la esperanza, lo primero que hizo Fred fue dirigirse hacia su vivienda, cercana al lugar, abrió un viejo cofre y sacó del interior una cartuchera con un par de pistolas. Las cargó, tomó su caballo y, tras llevar a cabo las preguntas pertinentes y aceleradas entre los vecinos alarmados, cabalgó en dirección hacia donde se suponía que había huido el Holandés.

Ese fue el principio de un peregrinaje que duraría más de dos años. Fred, un hombre de impecable presencia, muy atractivo y de ojos rasgados y verdes como los de un gato, fue deteriorando su aspecto a medida que los meses transcurrían en pos del asesino de su esposa y de su hijo. Comenzó a vivir como un vagabundo por esos caminos de Dios, siempre preguntando por el paradero del tipo que describía: muy alto y delgado, nervudo y con una melena blanca que caía como una cascada



desde su siempre bien encasquetado sombrero negro. Vestía de cuero asimismo negro y llevaba la cartuchera muy caída hacia abajo, para mayor comodidad de su largo brazo diestro.

En octubre de 1881 llegó Fred a Tombstone, al entender que el Holandés estaba tras las huellas de Wyatt Earp para meterle un plomo entre ceja y ceja, tal como le dijo un vaquero en una de las ciudades por las que pasó en su busca enloquecida. Alguien en uno de los más céntricos salones de la ciudad le comunicó que el día anterior fue muy movido, que hubo un tiroteo en O.K. Corral y que, en él, los hermanos Earp se habían enfrentado a un grupo algo pendenciero del lugar denominado los Vaqueros. Los Vaqueros estaban compuestos por los McLaury, los Clanton y los Claiborne. Hubo heridos y muertos. Unos dicen que tres heridos por parte de los Earp, y tres muertos en el bando de sus enemigos. Otros aseguran que fueron cuatro los fallecidos.

¿Por qué esa opinión contradictoria? Porque hay quienes aseguraron haber visto en la refriega al Holandés, y que fue uno de los que recibieron herida mortal. Un herrero dijo que lo vio huir malherido encima de su caballo hasta perderse en el horizonte, y que la sangre que derramaba era abundante. Todos lo creyeron porque era hombre de verdades y de ley.

Es seguro que Fred Carlson enloqueció tras ver a su esposa muerta, hasta el punto de que ni siquiera estuvo en el entierro. Desapareció tras las huellas del Holandés como si la única misión que tuviera en la Tierra fuera dar con él. A toda costa. La verdad

es que jamás retornó a Dodge City y, al igual que su enemigo, se convirtió también en leyenda. La leyenda de un pistolero que decidió dejar las armas; la leyenda de un hombre destrozado que solo anhelaba venganza; la leyenda de un americano que buscaba y buscaba con ansiedad el encuentro con el diablo... O tal vez perseguía acabar con su amarga existencia.

* * *

Mientras el fuego crepitaba, el viejo indio preparó la pipa con parsimonia. Una tosca pipa de madera cuya talla representaba la cabeza de un demonio. Vio que su invitado apenas había probado la carne asada y comprendió que su relato le interesaba sobremedida. Propinó varias caladas tras aplicar la punta de un leño encendido al tabaco. Después lanzó una espesa columna de humo hacia arriba, hasta ver cómo se esfumaba por encima de su cabeza, poco a poco, sin prisa. Miró a Johnny, en espera de que dejara su mutismo.

—¿Y bien? —preguntó con la pipa en los labios—. ¿Le interesa mi relato o le aburre?

—Me interesa —contestó sin expresar ningún sentimiento especial—. Me fascina más de lo que usted puede sospechar.

—¿Tanto?

—No sé aún qué pretende usted, pero esa historia, que espero tenga un desenlace sorprendente, me susurra cosas que usted no creería. —Su expresión era fría como un témpano; como si no entendiera una serie de detalles que sabía tenían mucha importancia para él—. No deseo interrumpirlo. No sé si es usted un mago, un brujo o algo mucho peor;

pero sospecho que el destino ha movido los hilos para que yo esté aquí esta noche.

—¿Es usted creyente en su Dios?

—Creo en lo que mis ojos ven. Tengo razones de sobra como para que su extraño relato pueda hacer mella en mí. Tanto que, de no ser una persona valerosa que perdió el miedo a la vida y a la muerte hace muchos años, estaría receloso.

—¿Muchos años? —Sonrió de forma algo siniestra bajo el humo de la pipa—. Usted no puede entender qué son muchos años. Mire mis arrugas y podrá intuir lo que le digo.

—Pues si no es mucha molestia, ardo en deseos de que continúe. . .

—No me haré de rogar, amigo. Así que prosigamos con esta historia que se ve le afecta más de lo que sospeché.

Y el viejo indio reanudó su relación de los hechos acontecidos veinte años atrás, sin ánimos de concederse otra pausa. Su intención era abrir un poco más las puertas del Infierno.

* * *

Carlson anduvo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, con la esperanza de encontrar al Holandés. Fue un peregrinaje arduo. A medida que pasaba el tiempo, su barba fue creciendo y llegó un momento en el que su aspecto era el de un pordiosero. Sus dos pistolas, brillantes como el sol de la mañana, eran sus únicas acompañantes en su éxodo desesperado.

Llegó a Providence, Rhode Island, y terminó, como era costumbre en él, por dirigir los pasos directamente al *saloon*. Antes de empujar las dos hojas batientes de la puerta, vio a un tipo andrajoso que tocaba un banjo mientras silbaba una agradable melodía. El individuo le guiñó un ojo y él retiró la mirada para pasar al interior. Se desplazó hacia la barra, en la que había tres vaqueros bebiendo ron barato. Solo uno de ellos reparó en el vagabundo que acababa de entrar. Se apartó un tanto al notar que ese forastero olía incluso más desagradable que él, tras una dura jornada de labor entre las reses. Carlson pidió que le sirvieran *bourbon* y no tardó en ser atendido. Mientras propinaba el primer trago a su vaso, se percató de que un tipo, al parecer tuerto debido al parche que ocultaba su ojo izquierdo y de rostro marcado por cicatrices, acompañado además por una hermosa prostituta, se acercó hasta donde él estaba. Tropezó con Carlson y este se giró rápido

sacando una de sus pistolas con la diestra. Los que bebían próximos a él se retiraron tan raudos como el viento de las montañas. El tuerto, sin embargo, supo mantener la calma. Le dijo que se relajara. Y, además, añadió algo que alertó a Carlson: que él no tenía miedo a nadie, después de haberse visto frente a frente con el mismísimo Holandés.

Carlson enfundó la pistola con lentitud y preguntó al tipo de qué conocía al Holandés. Recibió por respuesta un lacónico y revelador: «Porque estuvo en este poblado hace solo una semana». La sangre se revolvió en las venas de Carlson, pero no le impidió preguntarle si sabía hacia dónde lo conducía su caballo. «Sé hacia dónde va —dijo con certeza—. Mary, la dulce Mary, le oyó decir que tenía que acudir a una cita en un lugar concreto». La tal Mary era la ramera de lujo que lo acompañaba, la que tomó una jarra de cerveza de una mesa cercana y se la llevó a los labios sin ningún decoro. Tras mirarla de arriba abajo, Carlson echó una moneda encima del mostrador para abonar la consumición y miró al tuerto con gesto de malos amigos. Después tuvo que aguantar la perorata de que si quería saber algo más tendría que sacudir sus bolsillos de sustanciosos dólares.

Ante su actitud, Carlson intentó salir del local ignorándolo y él le interrumpió el paso. Lo agarró con brusquedad del hombro derecho, con una desagradable sonrisa en los labios, mientras exclamaba con sorna: «¿Qué te ha hecho ese demonio? ¿Te ha robado una gallina?». Luego soltó una carcajada y Carlson respondió con un puñetazo que hizo que impactara contra el mostrador. Con rapidez, el tuerto le devolvió el golpe y, en segundos, terminaron ambos enfrascados en una pelea sucia, que concluyó con el tuerto triturando una mesa al caer, ante el desagrado de los que jugaban allí una partida de póker. Enseguida sacó el Colt desde el suelo. Carlson, rápido como un relámpago, desenfundó el suyo y, de un disparo certero, le arrancó el arma de la mano. Los pocos parroquianos allí presentes se protegieron tras las mesas y el mobiliario del local, en tanto el propietario del negocio, desde detrás de la barra, apuntó a Carlson con un rifle. «Váyase de aquí, muchacho —dijo con remarcada acritud—. No deseamos gente de su calaña».



Carlson enfundó el Colt y, tras mirar al tuerto con la frialdad que da el desprecio, y comprobar que no hacía intenciones de recoger su pistola, salió cauto al exterior.

Cuando estuvo cerca de su caballo, vio que la prostituta se le acercaba con pasos decididos. Se plantó frente a él y, tras susurrarle al oído que era un tipo malolientemente atractivo, le confesó que tenía algo importante que decirle. Él la miró desafiante, sin mediar palabras, y esperó a que lo informara. «Ese tipo, el Holandés, no es de fiar —siguió con el tono de susurro en los labios mientras miraba de uno a otro lado; parecía medianamente ebria—. No sé qué busca usted, pero ese pistolero no es un hombre vivo. Estuve lo bastante cerca de él como para sacarle algunas palabras, ya que no pude sacarle los cuartos. Nadie desprecia a Mary, la dulce Mary. Y yo le digo, forastero, que mientras ese Holandés hablaba conmigo no pude siquiera ver sus ojos. Su sombrero ocultaba su cara pálida, como si intentara que nadie lo reconociera. —Se detuvo un instante, esperando que el forastero entendiera el mensaje, que lo reflejara en la mirada o con palabras. Después, ante su mutismo, prosiguió—. Créame, ese Holandés es un muerto, un espectro errante en busca de almas que llevarse al Infierno. Sé que sus pasos lo han llevado hacia el nordeste, hacia Boston».

Carlson montó en el caballo y salió raudo de allí. Dejó a la mujer en mitad de la calle, viendo cómo él se alejaba sin remisión. Sabía que la meta estaba cercana, que su venganza se aproximaba.

Así que cabalgó en dirección a Nueva Inglaterra. Debía andarse con cuidado, pues el caballo que montaba ahora había sido robado diez días atrás, y puede que su propietario, un vaquero con pinta pendenciera, fuera tras sus pasos para recuperarlo y para algo más. También le robó de manera involuntaria una bolsa de dinero que llevaba colgada del cinturón. Esperaba que el destino se aliara con él para poder proseguir en su incansable persecución. El asaltado era un tipo al que pidió información y que respondió escupiéndole en el rostro; uno de esos muchos a los que preguntó por el Holandés, al enterarse de que había sido visto en el lugar. Para él, ese individuo mereció ser noqueado y robado.

Por desgracia para él, cuando llegó a Boston recorrió casi todas las calles de la ciudad con la esperanza de ver el inconfundible caballo blanco moteado de negro. Preguntó con prudencia a más de un borrachín del lugar, a tipos de mala calaña, a todos los que fuera factible que supieran de un tipo así, en el caso de que anduviera por Boston. Un par de ellos informaron lo que últimamente oía con insistencia: que el Holandés era un cadáver viviente, y que los Earp habían sido los culpables de que fuera un espectro. Leyendas y chismes aparte, Carlson perseguía a un vivo; a un vivo que había acabado con su vida de manera indirecta de un disparo, un par de años atrás, en aquella calle polvorienta de Dodge City.

Por fin hubo alguien que le proporcionó una revelación a tener en cuenta: un joven de unos treinta años, empleado en una herrería, dijo

haber colocado una herradura a un caballo como el que Carlson describía. Entonces, este sacó un papel que tenía doblado y guardado en uno de los bolsillos y lo desplegó. En él se veía un dibujo del Holandés, encima de un texto que indicaba que se buscaba vivo o muerto. El herrero supuso que se trataba del mismo hombre, a pesar de que no consiguió verle la cara, al estar siempre oculta por el ala del sombrero negro. Eso sí, añadió que, al vérselas con él, sintió que la piel se le ponía de gallina, tal que estuviera ante un espíritu retornado de la tumba. Dicha sensación se intensificó cuando oyó susurrar a aquel tipo tan alto y vestido todo de negro: «Haz bien tu trabajo, joven herrero, y no me falles que tengo una cita con el viejo Dave Jenkins».

Dave Jenkins. Sin duda ese nombre marcaba la nueva senda a seguir. Se enteró de que el viejo Jenkins era un tipo sórdido, dado a oscuros negocios, que habitaba una casona en las afueras de la ciudad. Así que se dirigió hacia el lugar señalado con la intención de estrechar el cerco, de dar por fin con esa fiera escurridiza. El caballo de Fred resopló en varias ocasiones antes de emprender un trote enérgico que los sacó de Boston y los encauzó hacia el norte, hacia el lugar exacto en el que habitaba Jenkins.

Anochece cuando Fred oteó a lo lejos el caserón destartado de Jenkins. La luna lucía potente y redonda en lo más alto, con un tinte anaranjado muy acentuado. Ni siquiera los oscuros y densos nubarrones del firmamento conseguían paliar lo más mínimo su majestuosidad. Parecía una luna pintada en el lienzo de un artista inspirado. Se recortaba tras el perfil grisáceo de aquella casa de dos plantas, construida en madera oscura, desvencijada en grado sumo y situada en lo alto de un pequeño otero. Parecía colocada de tal modo que pudiera observarse desde ella la llegada de cualquier visitante no deseado. Ninguna de sus ventanas despedía luz. Fred se acordó de los *oscuros negocios* de su propietario, aunque no se enteró del alcance de los mismos. Muy cercanos a la vivienda, a su izquierda, lucían dos robles hermanos, ambos de considerable tamaño y frondosidad. El entorno desprendía ciertas notas melancólicas y lúgubres que Fred interpretó como una premonición de sangre y muerte. De

niño había oído relatar historias de fantasmas y aparecidos, de viejos indios que salían de las tumbas para castigar a los blancos usurpadores. Fábulas de viejas, según entendió siempre su mente racional; pero ahora, ya cerca a la casona, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Si había una casa encantada en todo Boston, sin duda que la vieja morada de Jenkins era la mejor candidata a tal honor. Las sensaciones de Fred eran palpables, y hasta su caballo se mostró nervioso y agitado cuando lo desmontó y lo ató a la barandilla de madera del porche.

El aspecto del caserón, una vez frente a la fachada principal, era de deterioro total. Meditó que, más que un negociante de ventaja, el viejo Jenkins debería ser un pordiosero. En la misma puerta, con la diestra apoyada en la culata del Colt, intentó un amago de vocear el nombre de Dave Jenkins, pero su instinto lo obligó a actuar con sigilo, a no revelar su presencia más de la cuenta. El viento de la noche era el único sonido reinante, hasta que en el firmamento se dibujó un serpenteante rayo que dio paso al estruendo de un trueno poderoso. En segundos, una cortina de espesa lluvia cayó sobre él. Apoyó la mano izquierda en la puerta de madera y esta crujió al abrirse, ante su extrañeza. ¿Había dejado su propietario la vivienda abierta? ¿Estaría en la casa? Y lo más importante: ¿permanecería allí dentro el hombre que más odiaba en este mundo?

Sintió que algo anómalo flotaba en aquel ambiente. A pesar de que no había ningún caballo en el exterior, temió que dentro de la casona hubiera algo peligroso morando entre sus paredes. No solo el Holandés, sino algo más allá de las entendederas de un ser humano. Cuando la puerta quedó abierta por completo, algo se precipitó sobre él haciéndolo recular hacia un lateral hasta casi caer. En una fracción de segundo se vio con el Colt en la diestra. Una docena de cuervos voló del interior para ir a posarse en lo más alto de los robles. Respiró hondo y se adentró con valentía en el recibidor, todo lo que la luz lunar le permitía, hasta divisar una alacena a su izquierda. En un mar de enseres domésticos vio un candil. Lo encendió con una cerilla y, con él en la mano izquierda alzada, ahora con la pistola presta para ser disparada, oteó el entorno con prudencia.



A su derecha vio una escalera adosada a la pared que conducía a la planta superior. Pero antes prefirió inspeccionar la planta baja; así que encaminó los pasos hacia un pasillo que llevaba a una estancia amplia. En ella había un aparador voluminoso, un arcón, una mesa redonda en el centro de la pieza y una mecedora próxima a ella. En la esquina más alejada, en la zona izquierda, había una puerta abierta. En la fachada frontal a él lucía un ventanal muy amplio, con los postigos abiertos, lo que permitía otear la luna y la tormenta. Con lentitud, y sin dejar de mover el candil para atisbar cualquier elemento extraño, sintió que todo el mobiliario adquiría vida propia merced a las volubles sombras. Desde el exterior le llegaba el fragor de la lluvia inmisericorde. Se asomó a la habitación contigua y un tufo a pólvora le llegó al olfato antes de comprobar que era el dormitorio de Jenkins. Pero había algo obscuro allí dentro. Ante él se ofrecía un nuevo cuadro que hizo que sus músculos se tensaran: en el centro del cuarto, muy próximo al catre, estaba el cuerpo desmadejado de Dave Jenkins tirado por los suelos.

Fred se acercó a él y lo sacudió con la punta del pie, con la intención de comprobar si vivía aún. El cuerpo no reaccionó. Su posición delataba que no debía seguir con la comprobación, ya que se encontraba bocabajo, con el brazo diestro hacia arriba, retorcido, con la pierna zurda doblada hacia un lado; la cabeza estaba apoyada en una de sus mejillas y dejaba ver unos ojos abiertos, sin brillo, sin vida. La espalda del individuo

estaba empapada de sangre todavía fresca que se perdía en la madera del suelo. El hecho de llevar una camisa blanca hacía que contrastara más la intensidad del rojo. Fred susurró una maldición. Miró alrededor del cadáver y vio que el suelo estaba roto, con las tablas reventadas. Se apreciaba una oquedad y, en su interior, un pequeño arcón abierto. Supuso que las riquezas que hubiera en el cofre ya habían pasado a otras manos. Tal vez joyas; tal vez monedas de oro... Fue cuando sintió que el Holandés quizá pudiera estar todavía en la vivienda.

Con igual sigilo salió del dormitorio y deshizo el trecho andado hasta llegar al recibidor para enfrentarse a la escalera. Subió peldaño a peldaño, despacio y procurando no hacer crujir la madera, lo que entendió sería un difícil empeño; a Dios gracias el ruido de la lluvia ayudaba. No tardó en encontrarse en el recibidor de la planta superior. Habitación tras habitación siguió el escrutinio sin éxito alguno, hasta que le llegó un chasquido sospechoso desde la planta baja. Descendió la escalera ahora con mayor celeridad, con el candil en lo alto y con el Colt siempre presto. No se encontró con nada fuera de lo común, hasta hallarse de nuevo en el salón de la mecedora.

Lo primero que notó es que la mecedora se movía, como si alguien invisible se meciera en ella; después llegó lo peor: Dave Jenkins estaba de pie, de espaldas, como pegado a la pared, muy próximo al dormitorio. Carlson apretó los ojos y los volvió a abrir, ya que habría jurado que aquel tipo no podía estar vivo. Un relámpago iluminó

la estancia merced al gran ventanal, y se percató de que el viejo hacía algo, como si escribiera en la pared. Al cesar el resplandor, su vista se oscureció un par de segundos. Al recobrar la visión, vio que allí no había nadie. Supuso que sus sentidos le habían jugado una mala pasada. Entró en el dormitorio y, en efecto, Jenkins seguía tumbado en el suelo, cadáver total, en la misma y grotesca posición con que lo encontró minutos antes. Suspiró aliviado y retornó al salón. Pero algo había cambiado allí. Acercó el candil a la zona de la pared en la que se apoyó Jenkins en su visión y sufrió un estremecimiento harto desagradable: escrita con sangre, se leía una palabra en la pared; un nombre que parecía desangrarse a su vez sobre la madera: *Darktown*.

Darktown. Era la primera vez que oía ese nombre. Acaso refería una ciudad próxima. Y lo más terrible para él es que el nombre seguía allí, iluminado por la luz del candil, sin atisbo de desaparecer. Se sintió juguete de fuerzas desconocidas y su instinto le dijo que saliera de la casa para proseguir la marcha. Por ello, minutos después cabalgaba bajo el manto de la lluvia, iluminado por la luz del satélite, y siguiendo un trayecto que parecía elegido por su propio caballo. En cierta ocasión oyó decir a alguien mientras bebía sin parar: «Tenemos mucho que aprender de las bestias». Y eso es lo que hacía en aquellos instantes, dejar que la bestia marcara el camino. El trote se intensificó hasta que Fred se perdió en la noche, en busca de su propio destino. Se percató de que seguían hacia el norte, siempre con la sospecha de que iba por buen camino, hasta llegar, veinte minutos más tarde, a la altura de lo que parecía una cueva. En su interior se refugiaron de la lluvia y Fred, tras tomar una manta enrollada de la silla del caballo, se acomodó entre unas rocas para intentar dormir. En su cabeza bullía un maremagno de sensaciones confusas. El mareo consiguió que durmiera pronto.

Con el amanecer despertó como si sus huesos estuvieran quebrados, tal que hubiera recibido una fenomenal paliza a golpe de palos. Preparó de nuevo el caballo y continuó la cabalgada a la busca de lo que el trayecto le trajera ante sí. Media hora después, nada más atravesar unos bosques poblados de grandes pinos, sufrió un nuevo

mareo, más intenso aún, debido a que llevaba varios días sin apenas comer. Un malestar que lo hizo caer del caballo. Recobró algo de aliento al divisar una granja próxima. Tras un cercado vio dos vacas, varias ovejas y una docena de aves de corral. Saltó el cercado como pudo e intentó correr sin éxito tras un pavo enorme. Se oyó un disparo y una bala le rozó la cabeza. Quedó desmayado en el suelo como si fuera un pelele.

El arma había sido disparada por un leñador, propietario de la granja. Se trataba de un hombre barbudo y robusto. Tras comprobar que la herida no era mortal, se echó a Carlson al hombro y lo llevó hasta su vivienda, una amplia casa de madera sin ningún tipo de lujos. Su familia quedó alarmada al comprobar que el disparo del leñador había herido a un extraño. Lo despojaron de sus dos pistolas y lo recostaron en un camastro. Allí fue atendido por la esposa y la hija del leñador, ante la atenta mirada de su hijo mayor. Dejaron que reposara después de lavar sus heridas, y, a la mañana siguiente, Carlson se despertó sin saber qué sucedía, en qué universo se había colado, y quiénes eran esos seres que parecían velar por su salud, a pesar de que divisó, con la mirada todavía borrosa, a un tipo barbudo apuntarle con su escopeta. Vio un par de crucifijos en las paredes y una Biblia encima de la mesa más cercana, por lo que pensó que se trataba de gente piadosa. Recordó las frases bíblicas de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Charló con ellos sin dejar ver sus intenciones, como si fuera un viajero sin rumbo definido, aunque justificó su acción debido al hambre.

Aquella familia era tan valerosa como creyente y permitió las explicaciones, hasta el punto de dejar de recelar. Cuando el herido expresó en un murmullo que era un hombre desgraciado, que había perdido a lo que más amaba en esta vida, hasta el extremo de huir enloquecido en busca del causante de su desgracia, el granjero le comunicó, mirando hacia una fotografía que había encima de la repisa de la chimenea, que todos en la vida perdemos familiares. Carlson reparó en la foto y vio la estampa de un joven pecoso de unos quince años. Delante del marco habían colocado una rosa silvestre blanca y una vela encendida. Supuso que siempre estaría encendida para aquella caritativa familia. Agradeció el potente desayuno



de huevos con bacón aderezado con patatas que le sirvieron, ahora sin el acoso de verse apuntado por el rifle. Fue para él, a pesar del disparo inicial que le rozó el cráneo, un remanso de concordia antes de que el destino asestara el golpe definitivo; el último contacto con la bondad del ser humano.

Estuvo solo un día con aquella encantadora familia, y partió, siempre hacia el norte, en busca del Holandés, con algunas viandas en el zurrón, dos cantimploras con agua fresca y una espectacular venda en la cabeza. El leñador susurró a Carlson unas palabras misteriosas antes de que este los dejara: «De verdad que lamento lo ocurrido. Que la suerte lo acompañe, amigo, y evite por todos los medios que su caballo se aproxime hacia Arkham». Después le entregó sus pistolas. Se dice a menudo que el azar mueve sus hilos de manera caprichosa; para Carlson no habría de ser de otra manera. Jamás había oído hablar de Arkham, ni entendía el temor de ese buen hombre. Solo era consciente de que su sexto sentido apuntaba a que el Holandés estaba cerca, más cerca que nunca. Por la cabeza flotó el recuerdo de lo sucedido en la casona del viejo Jenkins y, desde la monta de su caballo y presto a marchar, preguntó a su anfitrión: «¿Hay un pueblo por aquí llamado Darktown?». El granjero negó con la cabeza y le contestó que jamás había oído un nombre tan extraño; después se giró y retornó con los suyos con la diestra alzada en señal de saludo.

Una vez desapareció el granjero en el interior de la vivienda, al pasar Fred con su caballo junto

a lo que parecía un granero, quedó estupefacto y se detuvo. Ante la puerta cerrada del mismo vio, o le pareció ver, al muchacho muerto, el de la fotografía. Estaba pálido como la cera de la vela que ardía en su honor, y lo observaba fijamente sin ninguna emoción en su rostro. Alzó el brazo derecho para indicar una dirección concreta. Carlson miró en lontananza sin divisar nada en especial. Cuando se giró para mirar de nuevo al muchacho, ya no había nadie en la puerta del granero. Frotó sus ojos pensando que todavía sufría los efectos del disparo; pero, sin saber bien por qué, enfiló en la dirección indicada por el mozo.

Tras casi una hora de trote, después de dejar descansar al caballo y darle de beber en las cristalinas aguas de un río, descubrió un pueblo a lo lejos, en mitad de una zona desértica rodeada de una foresta salvaje y gigantesca con forma de herradura. La atmósfera estaba tan cargada, debido al azote del sol, que vio el pueblo como si fuera una imagen más temblorosa que una gelatina. Supuso que esa zona era la comentada Arkham, o tal vez el nombre del propio pueblo. A pesar de la advertencia, algo le decía que allí encontraría al Holandés. No podía ser de otra forma. Lo necesitaba más que el aire que llenaba sus pulmones. Se sintió fuerte, más fuerte que nunca; capaz de acabar con el mayor villano de la historia del Oeste, de borrarlo de un disparo de la faz de la tierra.

Llegó a la altura de un cartel de madera en el que se daba la bienvenida a Darktown, con

letras tan mal pintadas que goteaban y daban la impresión de estar desangrándose. ¡Darktown! Era como un *déjà vu*. Algo se convulsionó en su interior. Volvió a recordar el suceso en la morada del viejo Jenkins y se estremeció. Apreció que había cabalgado unas diez millas desde que se despidió del granjero, y sintió que se perdía en la dicotomía de lo real y lo irreal, como si viviera sumergido en una pesadilla. Darktown; así es como se llamaba aquel pequeño pueblo perdido en lo que entendió se trataba la región de Arkham. Trotó con su caballo hasta llegar a la calle central del pueblo. En principio, no se veía a nadie en la calle, solo marañas de arbustos secos que revoloteaban por efecto del viento que azotaba el entorno.

Ató el caballo junto a una baranda de madera próxima a un hostel. Antes de entrar, miró a uno y otro lado sin ver humanidad alguna. Penetró al interior y, a pesar de llamar al propietario o empleado, nadie acudió a recibirlo. Salió de nuevo al exterior, sin oír ningún sonido que revelara que allí había vecinos, y meditó que tal vez fuera un pueblo abandonado, un pueblo fantasma. Entró en varios comercios más con los mismos resultados: parecía que todos se habían esfumado. Entonces, hasta sus oídos llegó una música de piano que provenía de una zona no demasiado alejada. Se dejó llevar por el sonido hasta llegar a la altura del *saloon* de Darktown, un local desvencijado según se apreciaba, con unos cactus gigantescos crecidos cerca de la puerta principal. La hiedra venenosa, que había trepado abundante sobre las paredes de madera, ahora estaba completamente seca. Allí, en el exterior, Fred se llevó la primera sorpresa: solo había un caballo atado a la baranda contigua de un establo próximo; un caballo blanco y moteado de negro en el lomo y el cuello. La sangre comenzó a latirle en las sienes, pero supo contener la rabia. Sabía que era necesario mantener el temple si quería acabar con aquel engendro de Satanás.

Al entrar en el local, la cegadora luz del exterior le impidió acomodarse con rapidez a la oscuridad reinante. No cabía la menor duda de que era un salón espacioso. La barra estaba despejada, pero al fondo se veía a más de cincuenta personas sentadas en sus sillas y junto a las muchas mesas de madera. No lo apreciaba bien debido a la

oscuridad, ya que las lámparas de gas estaban apagadas, y a lo que, supuso, se trataba de abundante humo de tabaco. Los clientes bebían y jugaban a las cartas mientras un viejo negro tocaba al fondo un piano vertical, de pared, no menos negro y viejo. Se fue hasta la solitaria barra y pidió al dueño que le sirviera un vaso de *bourbon*. Escorado y mostrando solo su perfil derecho, este parecía lavar vasos, sin mirarlo a él. Carlson intentó divisarlo en el enorme espejo que había en la pared, pero entre las muchas botellas de los estantes y que el propio espejo tenía deterioros, como zonas borrosas, no apreció nada más. Eso sí, observó que al tipo no le afectaba demasiado la enorme rata que corrió por entre las botellas.

Fue un peculiar sonido persistente lo que le llamó la atención, lo que hizo que se despreocupara del hediondo roedor. Un sonido que no provenía del piano. Allá, entre las primeras mesas, distinguió con dificultad a un tipo descalzo y desaliñado sentado en la madera del suelo. Era huesudo como una calavera, con los ojos profundos como pozos insondables y la mirada perdida en el infinito, y tenía amputado el brazo izquierdo por el codo. Portaba un cuchillo con el que estaba tallando algo en la madera. Un dibujo o un texto que no podía precisar. El tipo seguía con su tarea sin importarle demasiado que el visitante lo observara.

El dueño, que oficiaba de barman, puso un vaso y una botella encima del mostrador, sin apenas moverse del sitio, y continuó con el lavado de vasos. El mismo Carlson, una vez se giró, se sirvió sin ver los ojos de aquel individuo tan misterioso y esquivo. Cuando pasaron varios segundos de insostenible silencio, y con el cartel desplegado que solicitaba la captura del Holandés encima del mostrador, preguntó si había visto merodear por el lugar al tipo de la ilustración. El barman ni se molestó en mirar. No obstante, Carlson esperó con paciencia a que aquel hermético hombre le contestara, pero solo oyó un murmullo casi ininteligible. Habría jurado mil veces que había dicho: «Es usted tan terco como valiente —y después, de manera un tanto más clara, añadió—: Al parecer, alguien le ha dado vela en este entierro». No entendió el significado de la frase; pero permaneció allí, clavado al suelo, apoyado en



el mostrador de madera. Miró hacia atrás para ver qué hacían los clientes. Resultaba curioso, pues no había ruido en el local, ni siquiera la típica y molesta resonancia de docenas de conversaciones a la vez. Solo sonaba el viejo piano del viejo negro, aunque tenue, lejano, como si no estuviera en el interior del local, sino que la música se colara por uno de los ventanales. El humo seguía espeso y la oscuridad ahora, acostumbrado a ella, era algo más tolerable. Únicamente la luz de un candil, al fondo, daba fe de que allí se congregaba una clientela. Incluso se apreciaba una enorme escalera de madera que conducía al piso superior. Nadie reparaba en Carlson, como si no existiera; como si fuera un fantasma retornado del reino de los muertos y no pudieran verlo.

El sonido percuciente del cuchillo del manco seguía llegando hasta sus oídos, ya que no cejaba en su intento de grabar la madera del suelo, como si tuviera prisa en terminar la tarea.

Carlson susurró algo mientras tomaba un trago de *bourbon*. Dio a entender que había ido a parar al pueblo más extravagante e inhóspito que pisara en su vida. En el momento en el que apoyó su vaso en el mostrador, notó que el barman se detenía en su mecánica tarea de lavar vasos y quedaba alerta, aunque sin mover la cabeza. Supo que no era por él al oír las hojas batientes de la puerta de entrada al local. Una silueta alargada y oscura se dibujó al contraluz del exterior. Acto seguido, el gigantesco visitante se acercó hasta el mostrador con pasos lentos y medidos, aunque se apreciaba que cojeaba un tanto. Pidió un ron que

no llegaría a ser servido jamás. Carlson supo de inmediato que, por fin, estaba frente al Holandés.

Nunca fue habitual en él, en su época de pistolero, que se le acelerara demasiado el pulso en sus enfrentamientos a muerte con otros tiradores, pero ahora era distinto. La imagen de su esposa fallecida, con el cuerpo en el suelo de aquella polvorienta calle, acudió a su mente una vez más, abriendo la dolorosa llaga. Se giró y miró al Holandés de frente. Comprobó que escondía el rostro bajo el ala del sombrero de manera deliberada, tal como siempre lo describían. El Holandés, tras notar que el desaliñado individuo que tenía delante había reparado en su persona, también se giró para colocarse frente a él. Carlson tuvo la imperiosa necesidad de hablar. Le preguntó si era el hombre al que todos llamaban el Holandés. Tras asentir este con una sonrisa macabra y de satisfacción pintada en sus finos labios, le inquirió para saber quién era. «Soy Dave Jenkins», alegó Carlson. Le objetó que era imposible, ya que ese tipo acababa de fallecer. Después, Carlson dijo ser Calder Benson, Jim Cooper y Chuck Youngblood. En las tres ocasiones, el Holandés respondió de la misma manera: todos eran hombres muertos y enterrados, y con viudas desconsoladas.

Hubo un par de minutos de silencio, de gran tensión. Nadie parecía reparar en ambos; tal que si estuvieran solos en la mitad de la nada, a la espera de que sucediera algo trascendental en un momento dado. «Supongo que el nombre de Lucy Carlson no le dice nada, ¿verdad?»,

cuestionó Carlson con duras palabras, con la diestra presta para desenfundar si terciaba. Con la mano izquierda, sacó con lentitud una cadena con un camafeo ovalado de plata que tenía en uno de los bolsillos y lo lanzó sobre el mostrador para que deslizara hasta él. Con grandes reflejos, el Holandés lo tomó y lo miró: portaba una foto de tono sepia de una hermosa dama desconocida para él. No contestó nada, como si no supiera de qué hablaba ese tipo desaliñado y apestoso que parecía conocer bien el nombre de algunas de sus víctimas. «Lucy Carlson, la dama que usted asesinó —añadió—. Al igual que asesinó al hijo que llevaba en el vientre; al igual que todos los que he citado».

El Holandés extendió la mano diestra y la acercó con deliberada lentitud hacia su revólver. Carlson, atento a la figura oscura que tenía ante él, mantenía la mano alerta, como en los viejos tiempos, como si no hubieran transcurrido tantos años desde que enterró sus armas en aquel cofre. No dejó de mirar y examinar a aquel tipo sin pestañear. Su nerviosismo había desaparecido y sentía que una inusitada energía fluía por su interior. Ahora tenía conciencia absoluta de que acabaría con ese asesino de mujeres de un único disparo.

Con exasperante lentitud, el Holandés levantó con la zurda el ala de su sombrero y Carlson, por primera vez, pudo ver los rasgos del monstruo temido por todos, los cabellos blancos tras el sombrero, su faz pálida en la que destacaban unos ojos azules, muy claros. No apreció que estuviera ante un muerto viviente, ni ningún fantasma retornado del *más allá*. Gozó de la total percepción de estar ante un individuo vivo; tan vivo como para cojear de manera ostensible cuando entró en el *saloon*. Sin perder ningún detalle, le comentó: «Muchos dicen que el *sheriff* Earp acabó con usted en O.K. Corral. Aseguran que es un maldito espectro». El Holandés sonrió de forma siniestra: «Ni Earp ni nadie pueden nada contra el Holandés. Solo recibí un disparo en esta jodida pierna. —Se golpeó la misma dos veces, con contundencia. Después, al comprobar que su antagonista no añadía nada más, prosiguió: Sepa, señor Carlson... —Se detuvo un instante meditando en la dama que asesinó dos años atrás—, ya que supongo es el marido de aquella

hermosa mujer, que nadie puede enfrentarse al Holandés. Ni siquiera el propio diablo».

Ante este último comentario, el barman miró al gigantesco pistolero de reojo, siempre mostrando su perfil derecho. Después sonrió de forma sutil sin que nadie se percatara. Los dos pistoleros se hallaban tensos en ese instante, concentrados, calculando los movimientos del contrario, ya que sabían que la conversación había acabado y ya solo hablarían sus pistolas. El primero en reaccionar fue el Holandés, pero Carlson actuó con tal presteza que se halló apuntándolo sin que el otro pudiera sacar el arma de su cartuchera. Carlson vio un asombro infinito pintado en su alargado rostro.

El azar, no me cansaré de repetirlo, mueve a menudo los hilos de manera harto caprichosa. ¿Por qué Carlson no disparó de inmediato? La respuesta la encontramos en el hecho de que, en ese instante mágico, vio a su izquierda cómo una dama se acercaba a él por entre las mesas, envuelta en humo y penumbras. Y esa dama, que se encontraba próxima a un indio que lucía una cicatriz en forma de Z en la frente, era su esposa, ¡su querida y añorada Lucy! Su rostro se apreciaba pálido como el de un cadáver. Fue una fracción de segundo la que atrapó su atención; pero lo suficiente como para que el Holandés se aprovechara de la ventaja, desenfundara el Colt y disparara al mismo tiempo que su enemigo. El Holandés salió despedido hacia el mostrador, con un impacto en el torso, para quedar apoyado en la madera; de uno de los bolsillos del chaleco cayeron varias monedas de oro que rebotaron en el suelo. Carlson fue proyectado hacia atrás como impulsado por un resorte, hasta permanecer inerte en el suelo con la bala alojada en el cerebro. Murió al instante. Después, su asesino le arrojó con desprecio el camafeo de su esposa y se hizo un silencio de tumba, en el que no se oía siquiera el viejo piano del viejo negro.

El Holandés, con un agudo dolor en el pecho, dejó de sonreír al notar que algo anómalo flotaba en el ambiente de aquel oscuro lugar. «Pueblo raro, gente rara...», murmuró al reflexionar que nadie se había movido durante la refriega para protegerse. Todos permanecían en su lugar sin importarles una bala perdida. En esa valoración estaba cuando sucedió algo insólito: el tipo de



la barra dejó de lavar vasos y se giró hacia él para mostrarle su cara al completo. En la mejilla izquierda lucía el tremendo impacto de una bala. Sin embargo, sonreía. Desde el suelo le vino un ruido apagado: Carlson, tan muerto como estaba, se levantó con lentitud hasta quedar de pie frente a él, con los ojos en blanco. Luego, sintió un movimiento general en la sala. Vio al tipo huesudo y manco clavar su cuchillo en el suelo y ponerse de pie. Poco a poco, algunos clientes se habían desplazado silenciosos hasta la puerta para evitar la salida del pistolero.

Al comprobar este que se hallaba en peligro inminente, disparó varias veces a los que bloqueaban la salida. No tuvo éxito ya que nadie cayó al suelo, como era de esperar en otras circunstancias. Ninguno acusó el impacto de las balas, pese a que de sus cuerpos se desprendían humaredas de polvo blanquecino en lugar de sangre. Acto seguido, los muchos congregados allí, con lentitud y parsimonia y capitaneados por el manco, fueron acercándose a él desde todos los rincones, de igual manera que la miel atrae a las abejas. A medida que se aproximaban a su persona, el Holandés vio que se trataba de viejos conocidos: Jenkins, Benson, Cooper, Youngblood y muchos más. Todos, sin excepción, lucían viejas heridas y laceraciones: disparos en el pecho, en el vientre, en la cabeza...; todos semejaban ser espectros salidos de sus tumbas; todos se acercaban más y más al mayor asesino de la historia del oeste americano. Enseguida se formó una aglomeración de muerte y putrefacción, con Carlson como testigo, que tapó por completo

la larga humanidad del Holandés. Allí no había pistolas, ni navajas; había docenas de manos dispuestas a officiar como garras carniceras.

La sangre del Holandés salió proyectada y manchó de rojo brillante el cuchillo clavado en el suelo y la talla del manco. Se trataba de un texto que decía:

EL HOLANDES
RIP
6/6/1826-11/13/1883

Si alguien se hubiera acercado a Darktown en ese preciso instante, solo habría podido oír un alarido terrible; terrible por su intensidad y por la duración. Un alarido que susurraba un horror de ultratumba. También habría comprobado dicho visitante, en el caso de ser humano, que Darktown, tras cobrarse al Holandés, tras servir como ratonera eficaz de la rata más hedionda y peligrosa que pariera hembra, desaparecería en la nada como si nunca hubiera existido, tal que una goma gigantesca lo hubiera barrido de la geografía local. En su lugar quedó una planicie despejada, con árboles que la circundaban con forma de herradura. Nada más que eso: un paisaje vacío de humanidad.

Del Holandés y de Fred Carlson jamás se volvió a saber, y esta historia terminó convirtiéndose en una fábula más, de las muchas que se cuentan al oeste de Arkham. Un relato que hoy día nadie creería, pero que es tan real como el aire que respiramos.

* * *

Cuando el indio terminó el relato, Johnny



parecía contener en la mirada un cúmulo de sensaciones y emociones encontradas. Se hizo un silencio sepulcral que duró varios segundos, pero que parecieron una eternidad para el joven. No sabía cuánto duró la narración ni le importaba, y el viejo ni siquiera revelaba síntomas de cansancio. Parecía mostrarse muy satisfecho haciendo mella en el ánimo de su invitado. Tanto, que sintió que era el momento de decir algo.

—¿Y bien? ¿Qué me dice?

—Vuelvo a repetirle que no sé quién es usted ni de qué infierno ha salido, pero esta historia no me es ajena en ningún concepto, y supongo que usted lo sabe.

—¿Saber? Yo solo le he referido una fábula que se cuenta en mi comarca y que los viejos narramos a los más jóvenes. Casi nadie cree en este tipo de historias, ya le digo. ¿Cree usted en ella?

Volvió a encender la pipa tallada, con delectación, aunque sabía que el joven Johnny no se quedaría con él, acompañándolo, hasta apurarla. Notaba que en el interior del viajero se agitaba un mar de emociones.

—Qué importa lo que yo crea.

—Le he contado la historia al completo, sin falsear.

—Ha contado usted su historia —inquirió con la mirada torva—. Nadie está en posesión absoluta de la verdad.

—¿Usted cree? —cuestionó mientras lanzaba la peculiar columna de humo hacia arriba.

Del fuego ya no quedaba nada, y Johnny sintió que el frío mordía su piel y sus entrañas. Así

que se levantó y se dirigió hacia su caballo con el fin de prepararlo para una monta inminente. Sabía que debía descansar algo, pero no lo haría allí, delante de ese indio arrugado y siniestro. Había oído referir en múltiples ocasiones que hay que tener amigos hasta en el Infierno, pero desconocía la naturaleza del diablo que el destino había puesto en mitad de su ruta. Si era amigo o enemigo.

—Debo marchar ya, pues mi camino es largo.

—Libre es de...

—Y le recomiendo que dé algunos retoques a su fábula —expuso cortando sus palabras.

—¿Como cuáles? —preguntó con una sonrisa desagradable reflejada en los ojos y en los labios.

—Es demasiado melodramático que se haya incluido en la relación de los hechos. Porque supongo que ese indio que describió con la cicatriz en la frente era usted. —El indio volvió a sonreír—. Y aunque el relato está bien estructurado, hay fallos en él.

—¿Fallos?

—En efecto —dijo mientras montaba en su caballo con la intención de marchar ya—. ¿Quién contó lo sucedido en ese pueblo fantasma? ¿No desapareció tragándose a todos? ¿Dónde está el testigo que salió vivo de allí? Le daré una información para su conocimiento: aquella dama, Lucy Carlson, murió de un disparo en una calle de Dodge City, pero el hijo que llevaba en las entrañas se salvó. Fue casi un milagro, pero así ocurrió, gracias al experto médico que la atendió en plena calle con ayuda de algunos vecinos.

El indio miró la silla de montar de Johnny

y leyó, en el cuero, grabadas las iniciales J. C., a pesar de la distancia y de la oscuridad. Sin embargo, no se sorprendió. Johnny ofreció un saludo de despedida a su anfitrión y añadió:

—La verdad absoluta solo la conoce Dios. Gracias por todo.

Tiró de las riendas y el caballo salió disparado, al trote, sin que pudiera oír las palabras finales del indio:

—No lo crea así, joven Johnny Carlson; los caminos del destino son inescrutables.

Después se levantó y arrojó la pipa a los rescoldos de la fogata. Su cuerpo encorvado giró como una peonza hasta desaparecer en una columna de humo. Johnny, desde la distancia, no pudo ser testigo de nada. Eso sí, en su fuero interno, en ese maremagno de sentimientos controlados por la lógica de su racionalidad, tenía conciencia de que su madre había sido vengada, y que puede que sus pesadillas acabaran de una vez. Y ese indio había oficiado de mediador para el conocimiento de los hechos.

A pesar de que reanudó la marcha sin saber si lo que vivió esa noche fue un sueño en mitad del camino, un fallo de sus sentidos, o una revelación del *más allá*, hubo un detalle que tuvo gran significado para él. A su llegada a

Boston, encontró en el zurrón un objeto de vital importancia: un camafeo con la foto de una hermosa dama que se parecía a él. Supuso que lo colocó allí ese indio con mucha habilidad; pero lo más trascendente es que tuvo conciencia de que jamás estaría solo allá donde fuera. Él era Johnny Carlson, hijo de los valerosos Fred y Lucy, y tenía ante él, al igual que su país, un futuro prometedor. Y pensaba vivirlo. Pero sabía que, a corto plazo, debía cumplir una misión sagrada: viajar hasta la lejana Dodge City para depositar una rosa en la tumba de su madre. ■

Ángel Gómez Rivero

Profesor, ensayista cinematográfico y novelista.

Cómo citar este artículo:

Ángel Gómez Rivero (2020). “Y la muerte lo seguía”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (52), marzo 2020. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 215-232

